

Orar en Adviento para ser comunidad fraterna

“Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos”.

(Hch 1,12-14)



Oración 1. Hagmos una comunidad fraterna

Señor Jesús, ayúdanos a ser:

COMUNIDAD HOGAR: lugar de encuentro fraterno con hermanos y hermanas, donde cada uno pueda decir su verdad con hondura y confianza.

COMUNIDAD SANTUARIO: lugar de encuentro con el Señor, Dios de la vida, presente en nuestra historia.

COMUNIDAD SERVIDORA: al servicio del prójimo.

COMUNIDAD MISIONERA: Siempre dispuesta anunciarte a ti, Jesús.

Señor, Jesús,
hagmos una comunidad invadida por
la presencia de tu Espíritu Santo,
una comunidad comprometida y servidora de los pobres,
una comunidad acogedora y sin prejuicios
ante cualquier ser humano,
una comunidad creadora de espacios
de encuentro y escucha,
una comunidad orante en la que
cada uno de sus miembros
vive y se alimenta del encuentro íntimo
con el Dios que le habita,
una comunidad entusiasta, que sepa cantar a la vida,
vibrar ante la belleza,
estremecerse ante el misterio y anunciar el Reino del amor
con sus obras de amor comprometido.

Que llevemos la fiesta en el corazón,
aunque sintamos la presencia del dolor en nuestro camino,
porque sabemos, Cristo resucitado, que Tú has vencido
el dolor y la muerte.

“La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía. No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad”.

(Hch 4,32-35)

Que no nos ahoguen los conflictos que surjan entre nosotros, porque contamos —en nuestra debilidad— con la fuerza de tu Espíritu.

Hagmos expertos en deshacer nudos y en romper cadenas, en abrir surcos y en arrojar semillas, en curar heridas y en mantener viva la esperanza de todo aquél que entre en contacto con nosotros.

Y en un mundo roto por la injusticia, las desigualdades y la codicia, concédenos ser, humildemente, testigos y profetas de otro estilo de ser, vivir y actuar, el estilo que brota de experimentar la Alegría del Evangelio, un estilo que nos haga ser Buena Noticia para todos los que nos rodean.

Oración 2. Os he llamado

“Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

Estas palabras son nuestra fuerza.

Nosotros nos reunimos en tu nombre.

Somos grupo, porque nos has llamado Tú.

Tú has pronunciado mi nombre y los de mis compañeros:

(ahora cada uno de los presentes, por turno, dice su nombre en voz alta)

... y nos has dicho al corazón: *“Tú, ven y sígueme”.*

Tú nos has agrupado en una comunidad:

“vosotros sois mis amigos”.

Tú nos has señalado lo alto de la montaña.

“Ánimo, que mi yugo es llevadero y mi carga ligera.”

Tú te has puesto en cabeza de nuestro grupo.

“Estoy con vosotros día a día”.

Ahora, en medio de la marcha,

te decimos con toda el alma:

Acaba en cada uno de nosotros la obra que has empezado.

Haznos tierra buena, honda y mullida,

para que tu semilla encuentre fondo y fructifique.

Haznos sensibles a tu voz,

no fríos y cerrados como nuevos fariseos.

Empápanos de tu amor,

para que seamos un grupo cálido y dinámico.

Acaba en cada uno de nosotros la obra que has empezado.

Acábalas, Jesús, en mí y en mis compañeros/as.

Oración 3.

Por los miembros de mi comunidad

Padre, hoy quiero pedirte por mis hermanos y hermanas de comunidad.

Tú los conoces personalmente: conoces su nombre y apellidos, sus virtudes y sus defectos, sus alegrías y sus penas, su fortaleza y su debilidad, sabes toda su historia; los aceptas como son y los vivificas con tu Espíritu.

Tú Señor, los amas, no porque sean buenos, sino porque son hijos tuyos.

Enséñame a quererlos de verdad, como amaba tu Hijo Jesús; no por sus palabras o sus obras, sino por ellos mismos, descubriendo en cada uno, especialmente en los más débiles el misterio de tu amor infinito.

Te doy gracias, Padre,

porque me has dado hermanos y hermanas.

Todos son un regalo para mí, un verdadero sacramento, signo sensible y eficaz de la presencia de tu Hijo.

Dame la mirada de Jesús para contemplarlos, y dame su corazón para amarlos hasta el extremo, porque también yo quiero ser para cada uno de ellos sacramento vivo de la presencia de Jesús.

